

ISIDORO LAVERDE AMAYA

Escribe: RUBEN PEREZ ORTIZ

Cuando el investigador o historiador de la cultura desea documentarse sobre alguno de nuestros escritores, especialmente del siglo pasado, recurrir en primer lugar a la consulta de las obras de Laverde Amaya, seguro de encontrar un derrotero. En nuestro caso fue inútil acudir a él. Quien no dio noticia de sus muchos escritos, menos iba a hacer referencias personales suyas. Por otra parte, es de lamentar que un escritor como Laverde Amaya, que nos dejó bocetos biográfico-críticos y bibliográficos de varios centenares de autores colombianos, muchos de ellos contemporáneos suyos, no haya tenido ni en su tiempo, ni con motivo de su muerte, ni durante los sesenta años que van corridos desde su desaparición, un biógrafo o un crítico que nos hubiera dado una idea más o menos clara de lo que fue su vida. Don Joaquín Ospina en su *Diccionario biográfico y bibliográfico de Colombia*, obra también de forzosa consulta para toda investigación sobre escritores colombianos, transcribe más de cincuenta esbozos biográficos y bibliográficos tomados de Laverde Amaya, y cuando da noticia sobre éste, se limita a copiar las siete líneas que don Belisario Matos Hurtado había consignado en su *Compendio de la historia de la literatura colombiana*.

No obstante, es preciso anotar que sí hubo intenciones de llenar este vacío en la galería de hombres útiles a la cultura colombiana. Presentada por los académicos Arturo Quijano, José Joaquín Guerra y Manuel de Pombo, la Academia de Historia Nacional (hoy Academia Colombiana de la Historia), en su sesión del 1º de octubre de 1903, aprobó por unanimidad una sentida moción de duelo por el fallecimiento de don Isidoro Laverde Amaya. A petición del doctor Adolfo León Gómez tal moción fue adicionada en el sentido de que la Academia nombrara a uno de sus miembros para que hiciera un boceto biográfico del finado y fuera publicado en el *Boletín de Historia y Antigüedades*. La corporación designó para tal objeto al mismo doctor León Gómez. La comisión no se cumplió y quizá para siempre se perdió la oportunidad de que uno de sus amigos y contemporáneos nos dejara un verídico estudio biográfico y crítico sobre Laverde Amaya.

En estas circunstancias cualquier intento de investigación sobre la vida de Laverde Amaya se hace difícil por ausencia de fuentes. Pero los colegas y amigos a quienes solicitamos consejo y orientación nos estimu-

laron a trabajar sobre el tema. Es así como, después de revisar colecciones de revistas y periódicos y de consultar los materiales bibliográficos que según nuestra experiencia podrían ayudarnos, hemos logrado reunir estos apuntes. Ellos son pocos en realidad, pero confiamos en que con la bibliografía de Laverde Amaya que hemos compilado, puedan servir de base a un trabajo mejor elaborado que liquide en parte la deuda de gratitud que el país tiene contraída con este buen servidor de la cultura.

Nació don Isidoro Laverde Amaya en Bogotá, el año de 1852. De su educación, de sus maestros y de los planteles donde recibió su formación, no hemos podido hallar noticia alguna. Solamente encontramos mencionado su nombre en la lista de alumnos que obtuvieron "testimonio de honor de 2ª clase" en los exámenes verificados del 19 al 22 de septiembre de 1865 en el Colegio de Santo Tomás de Aquino (1).

Sobre su juventud, los únicos datos que poseemos son los que dejó don Luciano Rivera y Garrido (1846-1899) en un corto escrito que publicó en *El Heraldo* en 1895 y que luego incluyó en sus obras *Impresiones y recuerdos y Memorias de un colegial*. Allí al evocar los ratos agradables pasados en compañía de su amigo Isidoro Laverde Amaya, nos suministra algunos elementos de interés sobre la personalidad del futuro hombre de letras.

Rivera y Garrido conoció a don Isidoro por los años de 1865 y 1866, y la circunstancia de vivir en casas vecinas hizo que estos dos jóvenes estrecharan su amistad y surgiera entre ellos cierta similitud de gustos y aún de caracteres. Pero mejor leamos algunos párrafos del mencionado escrito:

"Era Isidoro en aquel tiempo un jovencito delgado, de quince a diez y seis años, poco más o menos; de tez mate con tintes rosados; facciones muy finas, casi femeniles, ojos pardos, risueños y cabellos negros. Al entrar en la juventud elevóse su estatura aunque se conservó cenceño, y adornó su rostro un espeso collar de barba, del mismo color de los cabellos. Muchacho de índole suave y agradables maneras desde niño, fue Isidoro hijo único muy mimado, de una santa señora que debió haber sido bellísima, y de un caballero distinguido y estimable, aunque un tanto grave y retraído. [...].

"Constante en su afecto por mí, siempre encontraba Isidoro oportuno pretexto para darme el gusto de pasar de su casa a la mía; y en mi cuartito de estudiante, rodeados de láminas, de libros y de flores, mientras que afuera, las más de las veces llovía como suele llover en Bogotá, esto es a torrentes y por horas seguidas; en tanto que el viento silbaba por entre las juntas de los cristales de la única ventana y el agua caía a chorros con estrépito sobre las baldosas del patio cercano; bien calentitos y abrigados, devorábamos periódicos, novelas y versos... ¡Qué ratos tan deliciosos nos proporcionábamos allí con Dumas, Sué, Feval y Balzac! Cuán delicadas e inolvidables emociones nos procuraban con sus escritos Vergara y Vergara, Guarín, Silva, Marroquín, Caicedo Rojas, los Ortices, los

Pombos y los Pérez... Recuerdo que entonces se publicaba en Bogotá *El Iris*, periódico literario del señor Borda. Con qué ansiedad esperábamos el día de la salida de esa amena publicación, para recrearnos con las bellas cosas que allí aparecían. En *El Iris* leímos por primera vez *Las tres tazas*, del ingenioso Vergara; *El remiendito* de Silva; *el Maestro Julián* de David, y muchas preciosidades más que son como otras tantas perlas de purísimo oriente, que enriquecen el joyel de nuestra literatura.

"A Isidoro le encantaban los dramas y comedias y se perecía por todas las cosas de teatro. Hubiera podido creerse, en presencia de tan marcada afición, que con los años habría de encaminar sus notables aptitudes al cultivo del género dramático, tan desdeñado entre nosotros; pero no fue así: el estudio y la reflexión cambiaron el curso de sus inclinaciones artísticas, y con el correr del tiempo adquirió gusto decidido por la crítica bibliográfica [.....] (2).

El escritor—Pero si es poco lo que sabemos de la vida de Laverde Amaya, su obra escrita nos proporciona medios suficientes para juzgar y valorar su personalidad. Todos los investigadores de la cultura colombiana han estado de acuerdo en reconocer la ardua y meritoria tarea que realizó. Así, por ejemplo, y para no citar sino unos pocos colombianos, don Antonio Gómez Restrepo, Belisario Matos Hurtado, Gabriel Giraldo Jaramillo y Javier Arango Ferrer, en cortas frases han hecho un merecido elogio al calificarlo de "escritor modesto y laborioso, de los más útiles que ha tenido Colombia", "periodista distinguido y hombre de una cultura nada común", "uno de los más eficaces y modestos servidores de la cultura patria", y "príncipe y héroe de nuestras letras".

Características distintivas de don Isidoro como escritor son su paciencia, su trabajo y su desinterés. Esta última cualidad, tan poco común, es quizá la única falta que algunos críticos de nuestras letras, nacionales y extranjeros, encuentran en Laverde Amaya. Ya estamos acostumbrados a leer frases como estas: "Hasta Isidoro Laverde Amaya, siempre tan generoso en sus juicios sobre novelistas nacionales, tiene un concepto poco elogioso de sus novelas"; "La obra tal fue considerada sin ningún valor literario, pese al concepto contrario de Isidoro Laverde Amaya". No obstante, con el correr de los tiempos sus juicios han venido a constituir la justa apreciación de muchas de nuestras obras que en su época fueron consideradas de discutible valor. Pero a pesar de todo, si con haber sido un crítico bondadoso cometió un pecado literario, puede y debe absolversele, ya que fue el intenso amor a la patria lo que lo indujo a ser en ocasiones un tanto benévolo. "Laverde, en donde veía un mérito, un esfuerzo, un anhelo, con tal de que fuese de colombiano, apresurábase a revelarlo, a estimularlo, a vigorizarlo, aumentándolo con la enorme lente de su generosidad, pareciendo no fijarse en los lunares de esas producciones, seguro de que cuanto ganase en fama el autor vendría por ley ineludible a dar luz y brillo a la patria, espejo y fin de todos sus ideales" (3).

Como escritor, don Isidoro Laverde Amaya, cultivó con esmero los campos de la historia y la crítica literaria, la biografía, el teatro, el cuento, el periodismo, los viajes. Sus obras son: *Apuntes sobre bibliografía colombiana* (1882), *Bibliografía colombiana* (1895), *El mejor método*, sátira

cómica (1881), *Fisonomías literarias de colombianos* (1890), *Viaje a Caracas* (1885), *Un viaje a Venezuela* (1889); un buen número de folletos y varios centenares de artículos en revistas y periódicos nacionales y extranjeros. Sin embargo, por lo que más se le conoce, cita y admira es por sus trabajos bibliográficos, de universal y permanente consulta.

El bibliógrafo—Sin subestimar los esfuerzos realizados por don Ezequiel Uricoechea con miras a publicar en Europa la lista total de libros y folletos editados hasta entonces (1874) en el país, proyecto desgraciadamente frustrado pero que coloca al sabio entre los precursores de la bibliografía colombiana, debemos considerar a don Isidoro Laverde Amaya como nuestro primer bibliógrafo. Con él prácticamente se da comienzo entre nosotros a la compilación de la bibliografía.

Su obra *Apuntes sobre bibliografía colombiana*, publicada en 1882 y dedicada al presidente de Venezuela, General Antonio Guzmán Blanco, como contribución anticipada a la celebración del centenario del Libertador, es sin duda alguna la mejor fuente de información bio-bibliográfica que se haya editado entre nosotros. En la primera parte presenta 580 autores, y en la segunda, lo que él llamó muestras de literatura colombiana pero que en realidad constituye la primera antología literaria. Aquí también se da principio a la compilación de la bibliografía temática, pues incluye la del teatro, la de novelas, la de historia, la de viajes, la de escritoras colombianas y la no menos importante lista de 132 seudónimos. Podemos exigirle más a don Isidoro?

Sin embargo se ha censurado a Laverde Amaya la falta de orden y de sistema en las notaciones bibliográficas. Es lamentable si esta deficiencia; pero a nuestro entender en nada demerita la obra. Por otra parte, el autor lo advierte en la introducción: "El título con que he bautizado el trabajo que ofrezco al público es por sí solo excusa bien clara de la falta de uniformidad y de plan rigurosamente bibliográfico, de que carecen las noticias sobre libros y autores aquí reunidos". Don Isidoro Laverde no quiso dar al público una simple lista o catálogo para la consulta de futuros investigadores y bibliógrafos. Su permanente preocupación de difundir el conocimiento de nuestros valores intelectuales lo llevó a concebir la idea de ofrecer un trabajo en el que —son sus palabras— "el lector no desmaye en la lectura de las primeras páginas del libro, sino que llegue al fin de él". Es probable que este propósito no le diera el resultado que buscaba; pero en vista de la utilidad y aceptación que, como obra de consulta, tuvo su primer ensayo, ordenó alfabéticamente los autores, modificó su contenido en muchos casos, completó y sistematizó en lo posible las referencias bibliográficas y nos dio años después en 1895, su *Bibliografía colombiana*, de la cual solamente se publicó el tomo I que comprende apellidos desde la A hasta la O.

Como es bien sabido, Laverde Amaya no se limitó a la descripción bibliográfica y al comentario crítico, sino que dio importancia a la noticia biográfica de cada uno de los autores. Sin esta valiosa información en sus obras y sin haber escrito a lo largo de su vida una buena cantidad de esbozos biográficos, muchos de los escritores colombianos permanecerían en completo olvido.

El historiador y el crítico literario—Con los materiales así elaborados por don Isidoro Laverde se da un considerable impulso a las investigaciones histórico-literarias, iniciadas años antes por don José María Vergara y Vergara. Hasta ahora solo se ha considerado a Laverde Amaya como bibliógrafo, pero creemos que debe establecerse definitivamente que es ante todo historiador de la literatura. Así lo demuestran, además de sus *Bibliografías* y *Fisonomías literarias*, sus extensos trabajos como *Ojeada histórico-crítica de la literatura colombiana*, reproducido recientemente en el *Boletín Cultural y Bibliográfico* de la Biblioteca “Luis-Angel Arango”, y los que con el título de *La literatura colombiana* publicó en su *Revista Literaria* y en la revista *España Moderna* de Madrid. Y no es acaso el primer historiador del periodismo colombiano?

La obra de Laverde Amaya es un manantial inagotable al que muy seguramente acudieron los historiadores de nuestra literatura que vinieron después, y al que tendrán que regresar los futuros investigadores. Sin su ayuda no podrá hacerse el estudio global de nuestra cultura literaria. Ya en su tiempo el periódico *El Herald*o, al comentar uno de sus libros decía: “El futuro historiador de la literatura nacional deberá más al señor Laverde que a otro alguno de los escritores colombianos de nuestra época” (4). Con el correr de los años se ha venido a confirmar este pronóstico.

Hoy que se debate el tema de si Colombia ha avanzado o, por el contrario, ha retrocedido culturalmente, permitámosle a don Isidoro participar en la polémica y oigamos lo que con su indiscutible autoridad nos dice, por allá hacia 1886:

“No es exacta la opinión de que las letras colombianas, en un tiempo florecientes, estén ahora atrofiadas. Lo que se ha verificado es un cambio de manifestaciones, de la inteligencia. Ampliados los horizontes del saber, lo que ayer considerábamos parto del humano ingenio hoy nos parece invención adecuada para entretener escolares; en las lecturas encontramos páginas enteras que suponemos pasadas de moda, teorías de escuelas desacreditadas por los tiempos y el avance permanente de la ciencia; lenguaje para-fraseado que nos disuena; lirismo soñador que nos hostiga; cuadros de costumbres cuyo lado cómico se nos escapa; en fin, que a los que ya están, como si dijéramos, adueñados del secreto, es muy difícil sorprenderlos. El organismo que se habitúa desde joven a las impresiones, acaba por volverse insensible. Pero tenemos que reconocer que si nos es dado avaluar en todo su mérito las obras maestras de la literatura de ultramar, es porque la lenta y difícil pero segura labor civilizadora de los escritores del país nos ha puesto en actitud de poder hacerlo” (5). Será demasiada generosidad de Laverde Amaya? No lo creemos.

El periodista—Como periodista, la actividad de don Isidoro Laverde es asimismo admirable. Sus escritos, tan abundantes como poco conocidos, señalan una vez más su capacidad de trabajo y su deseo de servir a la patria. La tersura y sencillez en el estilo, el espíritu aguerrido en cuestiones políticas, lo atinado e imparcial de los conceptos y la rectitud con que siempre ejerció esta delicada profesión, son cualidades que lo distinguen y colocan entre los mejores periodistas de su tiempo.

Colaboró frecuentemente en las siguientes publicaciones bogotanas: *Revista de Colombia* (1868-1874), *Museo Literario* (1871-82), *La Patria* (1877-78), *El Zipa* (1878-81), *El Pasatiempo* (1878-83), *La Opinión* (1879), *El Taller* (1887-92), *El Telegrama* (1887-1904), *La Nación* (1888), *Colombia Ilustrada* (1889-91), *Revista Literaria* (1890-94), *El Correo Nacional* (1890-1903), *Revista Ilustrada* (1898-99).

En asocio de Benjamín J. Martínez fundó en 1879 el periódico *La Opinión*, y a su cuidado estuvieron las últimas entregas de *Colombia Ilustrada*, por ausencia de su director, don José Trinidad Gaibrois.

Pero su contribución más importante al periodismo y a las letras colombianas es sin duda alguna su *Revista Literaria*, publicación que con *El Mosaico*, *El Repertorio Colombiano*, *Papel Periódico Ilustrado*, *Colombia Ilustrada* y *Revista de Bogotá*, representa los esfuerzos mejor logrados de nuestro siglo XIX. En la *Revista Literaria*, Laverde Amaya "como de costumbre, estimuló escritores, revivió energías, reveló misteriosos inéditos y salvó glorias, episodios, nombres, fechas y costumbres" (6).

Cabe destacar aquí el aporte de Laverde Amaya a la historia del periodismo colombiano. En sus obras y artículos va registrando y describiendo con especial cuidado toda publicación periódica que encuentra en su afanosa búsqueda de impresos.

Su labor periodística no se circunscribe a los periódicos y revistas de la localidad, pues se encuentran colaboraciones suyas en *España Moderna* de Madrid, *El Cojo Ilustrado* de Caracas y *La Nueva Era* de Guatemala.

El poeta—Aunque don Isidoro no siguió el ejemplo de sus contemporáneos que cultivaban con fervor la poesía, hemos encontrado algunas producciones de juventud que, si no merecen el calificativo de antológicas, a lo menos nos demuestran que su autor no descuidó la lectura de modelos clásicos y que manejó el verso con fluidez.

AIRE PURO

*Sobre la cumbre de la montaña
Ambos sentados en tosca piedra,
Mirando el cielo, mirando el valle,
Ambos felices con nuestro amor.*

*El airecillo de la montaña
Cual tenue brisa que riega el campo,
Sobre mis sienes, sobre las de ella,
Rápido y frío pronto pasó.*

*Quién te dijera entoces,
—Corazón mío—
Que sus promesas, que su cariño,
Cual airecillo de la montaña
Pasaron pronto, dejando solo
Dolor y frío?*

AMOR Y NATURALEZA

*Cuando de amor la hermosa primavera
Tiende sus alas para no volver,
Al pobre pecho que el pesar lacera,
Guarda la soledad triste placer.*

*Naturaleza en su poder divino
Al hombre en pena sus consuelos da.
No es para este —terrenal destino—
La vida del amor; que en Dios está.*

1875.

A UNOS OJOS

*Anoche quedé prendado
De tus ojos, bella Inés,
Diré más, enamorado
De tu gracia y candidez.*

*Que si son del alma espejos
Los ojos que te embellecen,
En los tuyos aparecen
De la virtud los reflejos.*

*Y al verte todo mortal
Suspira con desconsuelo
Pensando que allá, en el cielo,
Tan solo tendrás igual.*

*Pues tu angélico mirar
Es de la región divina
Una luz, con que ilumina
Dios a la tierra y el mar;*

*Luz que ruborosa encubres
Bajo pestañas divinas:
Porque acaso no imaginas
Que el alma entonces descubres;*

*Luz que si al sol se opusiera
Ofuscará en esplendor,
Porque es la luz del amor
La que triunfa en dondequiera.*

Bogotá, 1875.

El traductor—Conocedor de las lenguas francesa e inglesa, Isidoro Laverde Amaya también nos dejó buenas muestras de sus traducciones al español. Debidamente firmados hemos hallado una decena entre artículos y capítulos de obras de autores como Ernesto Charton, Ernesto Legouvé, Martín de Moussy, Emilio Souvestre, Luis y Jorge Verbrugghe, Bourdaloque y J. D'sraeli. Su labor como traductor no fue, pues, inferior a la que desarrolló en las demás faenas literarias.

El viajero—Los viajes para don Isidoro no eran un simple cambio de ambiente, sino que constituían motivo de estudio y de enseñanza.

Como gran amigo que fue del pueblo venezolano, viajó a Caracas con motivo de la celebración del centenario del natalicio del Libertador, tomando la vía del río Magdalena. En esta ocasión solo permanece en el vecino país el tiempo necesario para asistir a las festividades y regresa por la misma vía a Bogotá. En 1885 da a la luz pública sus experiencias, descripciones y observaciones en su libro *Viaje a Caracas*, al que acompaña un extenso prólogo de otro buen amigo de los venezolanos, don Medardo Rivas. En diciembre de 1885 sale nuevamente de Bogotá rumbo a Venezuela, siguiendo esta vez la ruta de Boyacá y los Santanderes. Fruto de este segundo viaje es su también famosa obra *Un viaje a Venezuela*, publicada en 1889.

En estos dos libros su autor describe con lujo de detalles y en forma por demás amena no solamente lo referente al vecino país, como sus títulos lo sugieren, sino las regiones colombianas que visita en su camino. Todos los aspectos le interesan: la vida social, política y económica; la actividad intelectual, las costumbres, y no faltan, como es lógico esperar de don Isidoro, los esbozos biográficos y las abundantes referencias bibliográficas. Tampoco pasan desapercibidas las cuestiones del lenguaje. En sus andanzas recoge coplas o cantos populares, provincialismos, usos y significados de palabras que va comparando con el lenguaje hablado en Bogotá. Don Antonio Rubió y Lluch, en carta a José Joaquín Ortiz de 15 de julio de 1889, dice:

"...Cuando apareció en *La Nación* el viaje tan ameno e instructivo del señor Laverde, lo devoré con ansia, para formarme una idea de su país de usted..." (7). Se refería a las dos primeras partes de *Un viaje a Venezuela*, publicadas en 1888 por el mencionado periódico.

El político—Pero para que no se diga que don Isidoro Laverde fue únicamente un paciente y silencioso investigador, también tomó parte activa en la lucha política de partido. Incluido su nombre en la lista de candidatos recomendada por la Dirección Suprema del Partido Conservador, triunfa en las elecciones verificadas el 28 de diciembre de 1879, y es elegido miembro de la municipalidad o Regidor de Bogotá. Parece que para estos ajetreos tenía también habilidades especiales, pues compañeros de lista como Carlos Holguín, Salvador Camacho Roldán, Manuel Pombo y otros ciudadanos eminentes no lograron en esta ocasión el apetecido favor popular.

Ya en su carácter de Regidor lo vemos, con José Leocadio Camacho y José Segundo Peña, representando al Cabildo en la recepción que la

ciudad de Bogotá, le tributó al doctor Rafael Núñez el 16 de marzo de 1880. Asimismo el 10 de noviembre de 1891 lleva la palabra, a nombre del pueblo de Panamá en el homenaje que en esa fecha se le brindó a don Miguel Antonio Caro.

En el periódico *La Opinión*, cuya dirección compartió con Benjamín J. Martínez, es donde don Isidoro, a pesar de figurar como director de la parte literaria y noticiosa, pone de relieve sus condiciones de escritor político. Allí da rienda suelta a sus ideas, y los editoriales sobre la situación política del momento, de un vigor extraordinario, demuestra su versación y capacidad de combate. Fustiga sin piedad a quienes denomina "oligarcas" y que no son otros que los opositores a la elección de Núñez.

Sin embargo, parece que su afición por la política no perduró. Oigamos lo que, seis años después, les dice a los alumnos del Colegio de San José de Pamplona:

"Huid de la política, laberinto sin límites ni fin, en que el hombre reniega hasta de Dios; mar agitado que nos ha arrebatado en flor tantas existencias brillantes; que ha envenenado las fuentes sociales y destruído la cordialidad y el mutuo auxilio fraternal que debiera imperar entre nosotros; que no ha hecho sino sumirnos en la ruina y estancar las fuentes de la industria y del progreso. Para que haya buen gobierno basta con que haya hombres honrados y virtuosos".

El educador—Laverde Amaya fue también educador. A fines de 1880 y principios de 1881 lo hallamos ejerciendo el cargo de Jefe de Instrucción Primaria de los Estados y Territorios de la Secretaría de Instrucción Pública. Posteriormente, el 22 de noviembre de 1886, se encuentra al frente de la rectoría del Colegio de San José de Pamplona, donde pronuncia el discurso de clausura. En esta pieza, publicada cinco años más tarde por su autor en la *Revista Literaria*, se puede apreciar mejor la sensibilidad, la rectitud y la afabilidad de don Isidoro. Los consejos que dá a sus discípulos revelan sus preocupaciones de maestro por formar hombres de bien, temerosos de Dios, respetuosos con sus semejantes y fieles servidores de Colombia.

El funcionario—Además del cargo de Jefe de Instrucción Primaria a que ya hicimos referencia, don Isidoro ocupó, entre febrero de 1880 y octubre de 1881, la Sindicatura del Hospital de San Juan de Dios (8).

Y si alguien encontrara un informe presentado por la comisión nombrada para visitar los establecimientos de beneficencia, y pudiera por ello atribuirle malos manejos en el desempeño del cargo, estimamos conveniente transcribir aquí la proposición aprobada por la Asamblea Legislativa del Estado Soberano de Cundinamarca:

"Habiéndose justificado completamente el señor Isidoro Laverde Amaya de los cargos que le hizo en su informe la comisión nombrada para visitar los establecimientos de Beneficencia, la Asamblea revoca la aprobación dada el 17 de octubre (de 1881) último a la proposición de censura presentada en tal fecha por dicha comisión, y reconoce que el expresado señor Laverde Amaya desempeñó con honradez el destino de Síndico del Hospital de San Juan de Dios (9).

Y habilidad que no conocíamos hasta ahora en don Isidoro, por cierto muy rara entre quienes se dedican a las letras, es la de convertir en negros los saldos rojos de sus libros de contabilidad. Para ello organiza festivales en el Hospital de San Juan de Dios y reúne allí a las personas destacadas de la sociedad bogotana, con cuya presencia y donativos logra llevar alivio espiritual y corporal a los enfermos.

Fin de una vida meritoria—En el periódico bogotano *El Correo Nacional* del 25 de septiembre de 1903 se halla la siguiente nota:

Isidoro Laverde Amaya

“En un sitio triste de la ciudad, fue abatido por el soplo de la muerte, el viejo amigo con cuyo nombre encabezamos estas líneas.

“Incesante trabajador intelectual, fue durante la primavera de la vida, honra de nuestra literatura, y debido quizá al excesivo trabajo de un gran pensamiento, descendió hasta la demencia, quedando así abatido el genio que empezaba a florecer.

“Su *Bibliografía colombiana* y su *Revista literaria* son obras que dejan notar que clase de intelectualidad fue el escritor que ha muerto.

“Descanse en paz el malogrado literato, que sus amigos saben reconocer el colorido de las mil mariposas juguetonas y brillantes que anidaban en su delicado cerebro”.

Así terminó la vida de un ciudadano que sirvió con verdadero amor a su patria. Laverde Amaya murió, pero sus escritos y su memoria seguirán dando prestigio a las letras colombianas.

Bogotá, noviembre 19 de 1962.

NOTAS

- (1) *La Caridad* (Bogotá), II, N° 13 (24 de noviembre de 1865), p. 207. El director del Colegio Santo Tomás de Aquino, en diciembre de 1866, era Alejo Posse Martínez.
- (2) LUCIANO RIVERA Y GARRIDO, *Isidoro Laverde Amaya*, en *El Heraldo* (Bogotá), año VII, N° 550 (29 de septiembre de 1895), p. 99; en *Impresiones y recuerdos* por Luciano Rivera y Garrido, Bogotá, 1946 (Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 106), p. 98-103.
- (3) *El Porvenir* (Bogotá), II, N° 110 (7 de octubre de 1903).
- (4) *El Heraldo* (Bogotá), VII, N° 531 (15 de agosto de 1895), p. 23.
- (5) *Ojeada histórico-crítica sobre los orígenes de la literatura colombiana*, cap. XII, en *Boletín Cultural y Bibliográfico* (Bogotá), IV (1961), p. 405.
- (6) *El Porvenir* (Bogotá), II, N° 110 (7 de octubre de 1903).
- (7) *Boletín de la Academia Colombiana* (Bogotá), III, p. 400.
- (8) *El Zipa* (Bogotá), III, N° 29 (19 de febrero de 1880), p. 453.
- (9) *El Pasatiempo* (Bogotá), N° 42 (21 de noviembre de 1881), p. 336.

Infelizmente los errores y falsas atribuciones en algunos catálogos y bibliografías son muy comunes en lo relativo a los impresos colombianos, lo cual trae como consecuencia infructuosas búsquedas y la confusión de los investigadores. Por tanto, consideramos oportuno hacer algunas rectificaciones o aclaraciones bibliográficas que hemos podido establecer referentes a las obras de don Isidoro Laverde Amaya.

Sturgis E. Leavitt y Carlos García Prada en su compilación *A tentative bibliography of Colombian literature* (Cambridge, Massachusetts, 1934), atribuyen a Laverde Amaya una "obra" titulada: Fallecimiento del Ilmo. Sr. Velasco: Biografía, Bogotá, 1891, 373 páginas. Esta obra no existe, y solamente se trata de una nota necrológica sobre el obispo Ignacio León Velasco, publicada en el tomo II de la *Revista Literaria* precisamente del año de 1891 y en la página 373. En este mismo repertorio se da como publicado en la Imprenta de Zalamea Hermanos de Bogotá, el año de 1882, el libro *Fisonomías literarias de colombianos* de Laverde Amaya. Tampoco existe esta edición, pues la única conocida es la impresa en Curazao en 1890.

En la 2ª edición del *Manual del librero hispanoamericano* por Antonio Palau y Dulcet (tomo VII - Barcelona, 1954), se dice que Laverde Amaya usó el seudónimo *Alvarado* (A. L.), lo cual es inexacto. Laverde Amaya, que sepamos hasta ahora, no usó seudónimo alguno. Quizá debido a este error se comete allí mismo otro, como es el de registrar como suyo el folleto *Cartas críticas de un patriota retirado* publicado en 1826, cuyo autor verdadero es A. S. Alvarado, que, según don Ezequiel Uricoechea, es un seudónimo. Por último, en esta voluminosa bibliografía hispanoamericana se incluye una edición del *Viaje a Caracas* impresa en la capital venezolana en 1884. Estamos seguros de que no existe otra diferente a la impresa en Bogotá en 1885 en el establecimiento de Ignacio Bordá.

Por figurar en bibliografías nacionales y extranjeras viene siendo solicitada la "obra" titulada *La literatura colombiana*, con el siguiente pie de imprenta: Madrid, España, Editorial Moderna, 1892. Ella, aunque evidentemente constituye una obra, está publicada en forma de artículo en la revista *España Moderna* de Madrid (año IV, número 46, octubre de 1892).

En cuanto a la *Revista Literaria* conviene anotar que se ha consagrado el error de considerar la colección completa en cinco volúmenes. En realidad existe en esta publicación una enmarañada nomenclatura entre años, volúmenes y tomos; pero si se observa que cada tomo posee su paginación e índice, hallaremos que la colección consta de 56 entregas, publicadas entre el 15 de mayo de 1890 y diciembre de 1894, y que forman seis tomos independientes.